

los frutos en unos lugares, dejando otros estériles é infructíferos, para que la exuberancia de los unos pueda socorrer las necesidades de los otros. ¡Oh jóvenes! considerad bien estas cosas y aprended sabiduría. El mismo que dictó la ley de la perfectibilidad de la inteligencia, dictó tambien la ley de compensacion. Vuestra inteligencia no os pertenece, es don del Cielo, usadla segun las intenciones del Creador. Si el egoismo os encarcela dentro de vosotros mismos, que la sociedad os arroje de sí como miembros inútiles y de pernicioso ejemplo; mas si sois liberales, empleando vuestros talentos en bien de vuestros semejantes, que os ame, que os bendiga y que venere vuestra memoria.—DIE.

DISCURSO

Leido por el Dr. José Eleuterio Gonzalez en la distribucion de premios que se hizo en el Colegio civil de Monterey, el dia 30 de Agosto de 1874.

Invantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles.

Palabras tomadas de la primera proclama del Teniente general Jimenez, fecha en Matanzas, en Diciembre de 1810.

Con muchos, muy grandes é inestimables dones adornó al hombre el Hacedor Supremo: le dió existencia, sacándolo perfecto y acabado del barro de la tierra, le dió sentidos los mas adaptables á su naturaleza, le dió los abundantes tesoros del mundo para subvenir á sus necesidades, le dió inteligencia perfectible para que se conociera á sí mismo, escudri-

Para todo lo creado y se elevara hasta la sublime contemplacion de su mismo creador, le dió espíritu sociable, para que reuniéndose á sus semejantes, formara pueblos y naciones; y le dió la libertad; como el don mas apreciable, como la corona de la obra de su inagotable munificencia, para que con ella pudiera hacer meritorias sus obras. Esta libertad, pues, no es una cosa relativa de un hombre para con otro, sino absoluta y totalmente propia de cada individuo: es un derecho concedido por Dios como atributo esencial del hombre. Derecho precioso que no puede jamas enagenarse y del que se debe usar, como de todos los demas dones del Creador, con arreglo á las prescripciones de la razon y de la justicia, para no dañarse á sí mismo ni dañar á los demas: porque siendo todos los hombres igualmente libres é iguales en sus primitivos derechos, debemos respetar los fueros ajenos, si queremos que sean respetados los nuestros.

De la reunion de hombres libres debieron necesariamente resultar pueblos libres. Si muchas veces se ha introducido en ellos la esclavitud y la tiranía, estas cosas ni son propias de la naturaleza, ni son atributos de la humanidad; sino aberraciones del entendimiento, abusos de la fuerza bruta y atentados abominables contra la libertad natural del hombre, cometidos por seres depravados é inícuos, es decir, de aquellos que usan de su li-

bertad con perjuicio de los demás de su especie. Mengua es, ciertamente, para la humanidad que tales hombres existan; pero mayor mengua es todavia que haya quienes no solamente los sufran, los toleren y los acaten, sino que, uniéndose á ellos y haciéndose tan malvados como ellos, les ayuden á encadenar y dominar á sus semejantes, en los que solo debieran ver hermanos, hijos de un mismo padre y poseedores de iguales derechos y prerrogativas. Mas cuanto tiene de ignominioso para un pueblo el sufrir en la abyeccion un estado tan contrario á su naturaleza, tiene de glorioso y meritorio el recobrar su libertad perdida, valiéndose de su inteligencia y su valor, como de las armas naturales de la justicia y de la razon.

México, nuestra querida patria, se llegó á ver en este caso. Sojuzgados por los Españoles del siglo XVI, el Imperio Mexicano y los diferentes pueblos que habitaban el extenso territorio que ocupó la Nueva-España, trasplantada en estos países la raza Española y mezclada con la de las diversas naciones indígenas, llegó á producirse un pueblo nuevo: pueblo que, unido á los infelices restos de las gentes conquistadas, no era mas que una colonia, sujeta enteramente al Gobierno de Madrid, es decir, á un rey lejano y en tiempos que los medios de comunicacion eran tan lentos como escasos. Ese rey dictaba leyes

para pueblos que le eran del todo desconocidos; y aun esas leyes, relajados por la distancia los resostes del poder, eran conocidas de muy pocos y mal obedecidas por interesados mandarines, que con frecuencia las reemplazaban con su voluntad omnímoda.

No era fácil que un pueblo, colocado en tan tristes condiciones, dejara de pensar en su emancipacion política, y que no aprovechara las coyunturas favorables para intentarlo, á pesar del gran poder y la tímida suspicacia de sus dominadores. Así fué que al nacer la colonia, nació con ella el espíritu de independencia. Los tres hijos del gran conquistador Cortés fueron los primeros que intentaron libertar á su patria del yugo de la España, y aunque solo consiguieron ir á morir al destierro, dejaron encendido el sagrado fuego del patriotismo, que no debia extinguirse. En posteriores tiempos y en opuestos lugares el Yucateco Jacinto Can-ek y el Nayarita Máscara de Oro, así como otros dignos patriotas, no dudaron arriesgar sus vidas, proclamando la independencia, y sellaron con su sangre su amor á la libertad. Si los esfuerzos de estos insignes varones no dieron un resultado feliz, á lo menos mantuvieron viva en los pechos mexicanos la llama de la esperanza y del patriotismo.

Ya puestas en mejor condicion las cosas públicas y en mejor razon las circunstancias,

el venerable Anciano de Dolores, el generoso Hidalgo levantó el estandarte de la independencia, convencido de que á él no le esperaba mejor suerte que á Canck y Máscara de Oro: pero convencido tambien de que en esta vez triunfaría por fin la justicia y México recobraría su autonomía política. A la potente voz del ilustre caudillo, estremeciése la nacion entera y en todas partes descubriése el sagrado fuego, encendido por los hijos de Cortes, fuego que mal oculto habia cundido hasta los confines del territorio mexicano. Derramados en todas direcciones los independientes, por do quiera levantaban el espíritu público, é infundian en todos los corazones el ardor que los animaba.

Tocó la suerte de venir á levantar estas provincias del Norte al egregio Teniente General Don José Mariano Jimenez, jóven tan celebrado por su esclarecido talento é instruccion, como por su impertérrito valor, su acendrado amor á la patria y sus firmes ideas de orden, de lenidad y de justicia. De este génio benéfico los nuevoleonese, segun la expresion tan sencilla como verídica de nuestro primer congreso constituyente, "*recibieron las primeras lecciones de libertad y patriotismo.*" (1)

Y en verdad, antes de pisar el territorio

[1] Decreto número 40 de 28 de Mayo de 1825.

neolegionense, desde Matehuala, por el humilde conducto del valiente Capitan Don Juan Ignacio Ramon, mandó á nuestros mayores sus primeras palabras, diciéndoles: "Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles." ¿Y qué hicieron nuestros padres al escuchar la sonora voz del héroe, que con tan sublimes palabras los llamaba á la conquista de sus libertades? ¿Y qué hicieron? Obedecer sin dilacion alguna, empuñar las armas, desplegar todos los resortes de su energía y de su valor, lanzarse á los combates, regar con su sangre esta tierra querida que nos dejaron en herencia, recobrar con la fuerza de su brazo su libertad y sus derechos, trasformar en un Estado libre, soberano é independiente, unido á la magnánima Mexico, lo que antes era parte de una miserable colonia, crear un gobierno análogo á nuestra índole y á nuestras necesidades; y ponernos en la verdadera vía del progreso, manifestando á todas las naciones las admirables cualidades que los adornaban. No parece sino que el invicto Jimenez les infundió con la voz su valor indomable, su abnegacion sublime, su política profunda, su ardiente patriotis-

mo, su constancia heroica y toda su grandeza y elevacion de su noble alma.

¿Y nosotros, hijos mimados de tan insignes varones, qué hemos hecho con la preciosa herencia que nos legaron? Nada ciertamente, sino es gozarla y disfrutarla sin cuidarnos de otra cosa. ¿Y esto fué lo que nos mandó el padre de nuestras libertades? Aun está por cumplirse la última parte de su mandamiento, en la que terminantemente, nos dijo: "Haced ver á las naciones la cultura de que sois susceptibles." Queda, pues, á esta generacion y á las futuras la imprescindible obligacion de cumplir este mandato.

Mas como no pueden ser cumplidas las obligaciones de los pueblos por todos y cada uno de sus individuos, fuerza es que los que pueden las cumplan por los que no pueden. Los ejércitos combaten por las mujeres, los niños los ancianos y los hombres inermes; y para los gastos públicos, los que tienen contribuyen por los que no tienen. Si para sostener en una guerra el honor nacional se llama á los que profesan el ejercicio de las armas, cuando sea preciso sostener el honor literario, ¿á quiénes se llamará? Indudablemente, á los que profesan el ejercicio de las letras. Y entre nosotros, ¿quiénes son los que están dedicadas á los nobles ejercicios literarios? Bien claro es que vosotros, ¡oh jóvenes alumnos que me escuchais! sois la por-

ción escogida y destinada para que exclusivamente se dedique al cultivo de las letras. Luego á vosotros toca darle pleno y entero cumplimiento á la parte aun no cumplida del precepto, que para nuestro bien nos impuso el que vino á sacarnos del infeliz estado de colonos.

Nuestros padres cumplieron fielmente la parte mas onerosa, mas difícil y mas comprometida del mandato: sufrieron privaciones, arrojaron peligros, pelearon como buenos, todo lo sacrificaron en aras de la patria, y muchos de ellos, á ejemplo del esclarecido y venerable Hidalgo y del benigno y bondadoso Jimenez, muriendo con la muerte de los héroes; díganlo si no el buen Gobernador Santamaría, el valiente Ramon, el valeroso Carrasco, el sereno Camargo, el atrevido Herrera y otros mil, que por no cansaros, no enumerero. Nuestros antepasados cumplieron, pues, con su deber mas allá de lo que era de esperarse, ¿y vosotros rehusareis cumplir la pequeña, fácil y no peligrosa parte del precepto, que os ha tocado en suerte desempeñar?

Ni se os piden imposibles, ni se os exigen sacrificios, sino una cosa bien hacedera, por cierto, "*Haced ver la cultura de que sois susceptibles,*" esto es todo.

Si aplicais todas vuestras fuerzas al estudio, si ejercitais vuestra inteligencia en cosas útiles, y si haceis cuanto es posible hacer para

alcanzar la sabiduría, habreis cumplido con lo que justamente debeis, el provecho será para vosotros y llegareis á ser la honra de vuestra patria; mas si por el contrario, no quereis cultivar debidamente vuestra razon y vuestra inteligencia, si el trabajo os cansa, si el estudio os fastidia, si las distracciones os agradan y la pereza se apodera de vosotros, debeis daros por perdidos, no hareis ver jamas la cultura de que sois susceptibles y reportareis las degradantes notas de inobedientes, ingratos y desnaturalizados; porque no cumplis el precepto del que dió la vida por haceros libres, porque mal correspondeis á los afanes de vuestros padres y vuestros maestros, y porque preferis llegar á ser el oprobio de una patria que de vosotros esperaba que fueseis su gloria, su honra y su lustre.

Mas basta ya de querer convenceros con la sola fuerza de la verdad. Dominar, aunque sea con el poder de la razon, siempre es dominar, y algo tiene de áspero y duro, porque, este genero de argumentacion subyuga al entendimiento, pero ni mueve el corazon ni determina la voluntad. Usemos, pues, de medios menos violentos, que con suavidad atraigan el ánimo: porque en la vía del progreso intelectual, las almas nobles y sensibles caminan con legeresa, soltura y desembarazo, conducidas con los dulces y floridos lazos de la persuacion; y su marcha es lenta y penosa,

cuando van aherrojadas con la pesada cadena del convencimiento.

Siendo esto así, ¡oh jóvenes alumnos! fijad por un momento vuestros ojos en la peregrina hermosura de la sabiduría, pensad en los innumerables bienes que produce la ciencia, recordad las honras y consideraciones de que gozan los hombres doctos; y considerad, sobre todo, el apacible gozo que produce en el alma la convicción íntima de haber hallado una verdad, de haber hecho un bien, de haber cumplido con un deber; y decidme, ¿no sentís en vuestro corazón un vehemente deseo de saber? ¿No sentís que vuestras fuerzas se aumentan, que vuestro valor acrece y que vuestra voluntad está decidida y pronta á emprenderlo todo y á no retroceder ante ningún obstáculo, hasta conseguir la posesión del inestimable tesoro de la sabiduría? Pues si lo sentís así, manos á la obra, que esta disposición del espíritu, este ardiente deseo de saber, esta voluntad firme y resuelta, á la que no arredra trabajo ni peligro, han producido en todos tiempos hombres grandes en saber y grandes en virtud. No se formaron de otro modo los antiguos filósofos, que hasta ahora son nuestra admiración y cuyos apotegmas son todavía las reglas de nuestra conducta. Cuando mas ardía la guerra del Peloponeso, el Megarens Euclides á riesgo de ser conocido y muerto, corría por las sombras de

la noche, disfrazado con mugeriles vertiduras para ir á escuchar las lecciones de Sócrates poniendo así en riesgo su vida, cada noche, por el solo interés de aprender las máximas del gran filósofo. No es creíble que vosotros, teniendo tan á mano los medios de instruiros y sin que os sea preciso arriesgar nada, malogreis el tiempo y os decidais á sumiros en las tinieblas de la ignorancia.

Ademas, el estudio metódico y el constante trabajo tiene tal poderío sobre nuestra naturaleza, que son capaces de corregir sus defectos y enmendar sus yerros. Testigos el gran Demóstenes que, á fuerza de trabajo y de constancia, logró soltar su balbuciente lengua, levantar y hacer sonora su apagada voz, y trocar sus modales rudos y agrestes por los del orador mas fino y acabado. Testigo tambien Cleantes que, siendo el tardo y obtuso ingenio, venció este gravísimo defecto, aplicándose al estudio con tanta asiduidad y con tan buen suceso, que llegó á sustituir en la cátedra á su maestro Zenon, y mereció la honra de tener por discípulos al rey Antígono y al filósofo Crisipo.

Cuanta esperanza, cuanto consuelo y cuanto ánimo infunden estos heróicos ejemplos: considerándolos bien, con cuanta fé y con cuanta confianza se entrega al estudio un joven deseoso de saber. Mas advertid que la corona no se dá, sino al que persevera cons-

tante y pelea buena batalla hasta el fin. El arte es largo y la vida es corta, ha dicho el Anciano de Cos. Así es que, el que adopta una carrera literaria, se obliga formalmente á estudiar sin descanso toda su vida, para poder al fin gloriarse como Solon de haber envejecido siempre aprendiendo. No hay circunstancia, condicion, tiempo ni edad, que no sean á propósito para aprender: Solon moribundo, deseaba saber de que disputaban sus amigos, porque, decia que, sabiéndolo, moriria mas tranquilo: á Epicteto no le embarazó la humildísima condicion de esclavo, para llegar á ser un sabio muy profundo. Séneca iba siempre el quinto dia de la semana á escuchar las lecciones de Metronactes y decia; “No me avergüenzo de ir, siendo viejo al teatro ¿y me he de avergonzar de ir á la escuela? Marco Aurelio, con las tablillas colgadas á la cintura, á usanza escolástica, asistia con grande empeño á las lecciones que daba el filósofo Sexto. Ni los graves negocios del Imperio, ni la brillantez deslumbradora de la púrpura, ni su avanzada edad, impedian al grande Emperador dedicarse con teson á la honrosa tarea de aprender lo que ignoraba. ¡Oh ejemplos dignos de durar eternamente, para ser la norma, el sostén y el estímulo de los que se dedican al cultivo de las letras!

Tomad para vosotros ¡oh jóvenes alumnos! estos insignes modelos de amor á la ciencia y

de constancia: mientras tuviereis un hábito de vida, ajustaos á ellos en todas circunstancias y en todos tiempos, pues solamente así podreis cumplir el filosófico y amoroso precepto, que todavía hoy os repite desde su gloriosa tumba el magnánimo Jimenez: “*Haced ver á las naciones la cultura de que sois susceptible.*” Precepto admirable, hijo de la mas profunda sabiduría: ni el eminente filósofo Kant, admiracion de los modernos, lo formuló mas sábiamente, con mayor sencillez ni mas ajustado á la razon, cuando dijo: “El objeto de la educacion es desarrollar á cada individuo en toda la perfeccion de que es susceptible.” Apresuraos, pues, ¡oh jóvenes! á cumplirlo con ánimo resuelto y voluntad firme. Hacedlo, por que es interesantemente bueno: hacedlo por amor de la patria, que necesita hombres sabios que la ilustren: hacedlo por honrar la memoria del héroe que os lo mandó: si nada de esto os mueve, hacedlo por vuestro propio interes. No desconfiéis de vuestras faerzas, que la sábia y amorosa Providencia dispuso nuestra naturaleza de tal modo, que el trabajo la fortalece, el ejercicio la perfecciona y el hábito hace soportables las mayores fatigas. Por esto ha dicho, con tan verdad, el gran Poeta Virgilio: “*Todo lo vence el improbo trabajo.*”

Y vosotros, ¡oh jóvenes felices! que habeis alcanzado los inmarcesibles lauros con que se

preman las virtudes escolares, razon teneis para estar satisfechos y contentos; mas no para envaneceros; antes mas bien para anonadaros, considerando lo muy poco que habeis hecho y lo muchísimo que os queda por hacer: son tantos los conocimientos humanos, y estan enlazados tan íntimamente, que la vida de un hombre, por larga que se suponga, no es bastante para agotar lo que á una sola ciencia corresponde. No desperdieis, pues, los cortos momentos de esta vida mortal, que una vez perdidos, perdidos quedan para siempre. Pensad cuánto teneis que afanaros para cumplir el importantísimo precepto, que hoy me he propuesto recordaros; y del cual á vosotros incumbe, mas que á nadie, la estrecha obligacion de cumplirlo. En efecto, si los compromisos sociales deben cumplirse únicamente por los que puedan, natural es que el que tiene mayor suma de poder, tenga mayor obligacion. Ved un ejército en campaña y decidme ¿quiénes desempeñan los mayores y mas interesantes trabajos en las operaciones de la guerra? La contestacion es muy obvia, me direis, los mas inteligentes, los mas valerosos y los mas fuertes, es decir, que la porcion escogida del ejército es la que soporta el mayor peso de los trabajos. Pues bien, vosotros sois la porcion escogida del colegio: luego á vosotros toca trabajar con mas ahinco porque sois los mas fuertes: habeis adelantado

mas, porque teneis mas capacidad ó mas aplicacion, pues aplicaos mas y mas, y vuestra capacidad se aumentará, aplicaos aún mas todavía y adquirireis el hábito de estudiar que os hará poderosos en la ciencia.

Con el mismo teson, ¡oh jóvenes alumnos! con que debeis aplicaros al cultivo de las ciencias, con el mismo aplicaos á la práctica constante y no interrumpida de las virtudes, que deben adornar al hombre en sociedad. La Justicia, que es la reina de todas las virtudes; la Filantropía, que es el verdadero lazo social; el Patriotismo, que es el sostenimiento de los pueblos; la Prudencia, que es la reguladora de las acciones humanas; la Fortaleza y la Templanza, que hacen al hombre dueño absoluto de sí mismo. Con estas virtudes la ciencia hará de vosotros hombres verdaderamente útiles; y sin ellas, la ciencia os convertirá en hombres en grado eminente perniciosos: las virtudes sin la ciencia os constituirán en la condicion de hombres humildes, apenas buenos ciudadanos, muy poco útiles para los demas y para vosotros mismos. Con el convencimiento pleno que debeis tener de la verdad de estas cosas, ¿por cuál de ellas os decidis? ¿Quereis ser hombres buenos, pero oscuros y de muy poco valer? Practicad lo poco de las virtudes, compatible con la ignorancia, y no trabajéis por ilustrar vuestro entendimiento con la luz de la ciencia. ¿Quereis ser

los obradores del mal, el terror de la sociedad, la peste de la República y la afrenta de la patria? Cultivad con esmero la ciencia y no practiqueis las virtudes. ¿Quereis, en fin, ser el consuelo y la luz de vuestros conciudadanos, el apoyo y la guía de la República, la gloria, el lustre y el ornamento de la patria? Unid las virtudes con la ciencia, en cuya feliz union consiste la sabiduría. ¿Quién de vosotros, por estúpido que sea, no se decidirá por este último término? ¿Quién de vosotros habrá tan necio que se niegue á seguir el camino de la sabiduría? Resolveos, pues, á buscarla por cuantos caminos fuere posible, vestíos de fortaleza y seguidla con todas vuestras fuerzas, trabajad dia y noche con perseverante afan, adquiriendo cada dia un nuevo conocimiento y afirmaos cada dia mas y mas en la práctica de todas las virtudes; y entonces podreis decir sin rebose: Hemos cumplido fielmente el precepto que se nos impuso, hemos hecho ver á las naciones la cultura de que somos susceptibles.—HE DICHO.

DISCURSO

Pronunciado el 16 de Setiembre de 1874, por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez.

Utile est habere quos imitari primúm.
mox vincere velis.

QUINTIL. L. I. C. II.

Buenos modelos contemplar importa
para que luego superarlos quieras.

Grande solemnidad, por cierto, ciudadanos, es la que nos reúne en este fausto dia, dia de gloriosos recuerdos, dia grande de la Patria, dia de encomiar las excelsas virtudes de nuestros padres y las inmortales hazañas de nuestros libertadores.

Muchos y muy claros ingenios, que me han precedido en la honrosa mision que hoy desempeño, os han hablado largamente de los horrorosos desastres de la conquista; de los sufrimientos del pueblo mexicano en los trescientos años de su estado colonial, de los glo-